

fundamento, la asamblea determinó en 21 de noviembre redactar una *Advertencia á los fieles acerca de las ventajas de la Religion y los perniciosos efectos de la incredulidad*. Pompignan, arzobispo de Viena del Delfinado, se encargó de redactar esta Instrucción sobre el plan propuesto, y su trabajo que correspondió á las intenciones de la asamblea fué adoptado por esta. En él se esponian siete ventajas que la fé proporciona á los hombres y la incredulidad se las arrebatada (1): 1.^a La tranquilidad del espíritu humano en el conocimiento de la verdad; 2.^a el sentimiento interior de la virtud; 3.^a el freno del vicio y el remordimiento del crimen; 4.^a el perdón de los pecados; 5.^a el consuelo en las adversidades; 6.^a la esperanza de la inmortalidad; 7.^a el orden público en la sociedad civil. La *Advertencia* presentaba acerca de cada uno de estos puntos la consoladora doctrina del cristianismo y los funestos efectos del sistema contrario. «Por una parte, densas nubes acerca de la verdad, el fastidio á la virtud, el vicio sin freno, el crimen sin remordimientos, los pecados sin expiacion, los males sin consuelo, la perspectiva de la nada en vez de la de la inmortalidad, las leyes caducas en el orden político, el germen de la rebelion en los súbditos, y las pasiones desencadenadas en los soberanos. Por otra parte la Religion asegura estas mismas ventajas, que hacen perder los sistemas de los impíos.» La *Advertencia* concluía con exhortaciones á los fieles que se habian dejado seducir por la nueva doctrina y aun á los mismos escritores tan encarnizados en destruir las instituciones mas benéficas.

Nada mas bello que este celo de los prelados por la propagacion y sostenimiento de la sana doctrina. Sin embargo, no era bas-

(1) *Memor. para la Hist. ecles. del siglo XVIII*, t. 2, p. 609-610.

lante. Sabian muy bien que, á ejemplo de la asamblea de 1765 que habia condenado tantos libros irreligiosos, era preciso designar las malas obras poniendo un decreto de reprobacion á cada una, á fin de que los pastores de segundo orden y los fieles pudiesen conocerlos, y contribuir á que con mas facilidad fuesen separados de la circulacion. Pero ¿era por ventura posible semejante designacion despues de haberse multiplicado tan escesivamente el número de los escritos dirigidos contra la Religion, contra las costumbres y contra la autoridad? El esceso del mal impedia en aquel momento la aplicacion del remedio. Fué preciso, pues, que la asamblea se limitara á los libros que ella consideraba como mas perniciosos, concretando su censura á catorce que condenó el 4 de diciembre como propagadores del ateismo, de la corrupcion de costumbres y de la rebelion. Los títulos de estos libros eran: *El cristianismo sin velo*; *la Antigüedad descifrada por sus costumbres*, obra póstuma de Boulanger, rehecha y publicada por el baron de Holbach; *el Sermon de los cincuenta*; *el Exámen imparcial atribuido á Bolingbroke*; *el Contagio sagrado*; *el Exámen crítico de los antiguos y modernos apologistas de la Religion*; *la Carta de Trasibulo á Leucipo*, única obra filosófica que dejó Freret; *el Sistema de la naturaleza*; *el Sistema social*, obra de la pandilla de Holbach; *las Cuestiones sobre la Enciclopedia del Hombre*; *Historia crítica de la vida de Jesucristo*; *el Buen sentido*, otra produccion de la sinagoga; y *la Historia filosófica y política de los establecimientos de los Europeos en las Indias*, por Raynal. La censura fué firmada por treinta y cuatro obispos que asistian á la asamblea, y remitida á todos los demas prelados.

La asamblea, en honor de la verdad y de la iglesia de Francia, tomó por su cuenta el demostrar que si los apóstoles de la impiedad eran fecundos para el mal, los ministros de

la Religion no eran estériles para el bien. Con la misma mano que derramaba el oprobio sobre los malos libros, coronó los buenos, distribuyendo elogios y alentando á los escritores que en aquel tiempo de increíble delirio no se avergonzaban de seguir siendo fieles á la santa causa de la fé. Gracias al cielo, aun habia algunos de estos.

Desde el 1759 dicen las *Memorias para la Historia Eclesiástica del siglo XVIII* (1), el abate Guyon habia puesto de manifiesto en su *Oráculo de los nuevos filósofos*, las infidelidades de mas de una especie cometidas por Voltaire en las obras publicadas hasta aque la época. Tres años despues Nonnotte, en sus *Errores de Voltaire* desempeñó el mismo cometido de un modo mas lato, demostrando cuánto este detractor del cristianismo se habia separado de la exactitud histórica, así en su *Ensayo sobre la historia general*, como en su *Siglo de Luis XIV* y en otras obras conocidamente suyas, y cuánto se habia empeñado con una notable afectacion y mala fé en desnaturalizar los hechos y hacer ridiculo y odioso todo lo concerniente á la Religion. Nonnotte publicó posteriormente su *Diccionario filosófico de la Religion*. Gauchat se dió á conocer por una obra, á la que, para ser mas útil, tal vez no faltó otra cosa que haberse limitado á un cuadro mas reducido. Le-Francois habia publicado sucesivamente las *Pruebas de la Religion*; *la Defensa de la Religion*; *las Observaciones sobre la filosofia de la Historia*, y el *Exámen de los hechos que sirven de fundamento á la Religion*. D. Jamin se propuso en sus *Pensamientos teológicos* sentar principios que confundiesen á la vez á los enemigos de la Religion y á los de la Iglesia. Bullet se mostró tan instruido como juicio en sus *Respuestas críticas á varias dificultades de los incrédulos sobre los Santos Libros*, en su *Historia del establecimiento del*

(1) T. 2, p. 612-614.

cristianismo sacada de solos los autores paganos, y en su *Existencia de Dios, demostrada por la naturaleza*. Debe ser considerado como uno de los mejores apologistas de la Religion. El abate Delamare escribió *La fé justificada de todo cargo de contradiccion con la razon*, y el abate Floris los *Derechos de la Religion sostenidos contra las máximas de la filosofia*. El abate Paulian opuso la verdad al error en su *Diccionario filosófico-teológico*. Entre las varias obras del P. Hayer, se distingue su *Tratado de la espiritualidad é inmortalidad del alma*. Aymé merece ser citado por sus *Fundamentos de la fé, puestos al alcance de todas las inteligencias*. El abate Duvoisin estableció en dos obras distintas la *Autoridad de los libros de Moisés, y la de los libros del Nuevo Testamento*. Bergier, que se presentó tantas veces en la palestra á combatir victoriosamente las principales obras de la incredulidad, publicó en 1765 *El deismo refutado por sí mismo* contra los sofismas y objeciones del autor del *Emilio*; en 1768 la *Certeza de las pruebas del cristianismo*, en respuesta al *Exámen crítico de los apologistas de la Religion*; en 1769, la *Apologia de la Religion cristiana contra el Cristianismo sin velo*; en 1771, el *Exámen del materialismo, ó Refutacion del sistema de la naturaleza*, y terminó sus trabajos en ese género por su gran *Tratado histórico y dogmático de la verdadera Religion*, publicado en 1780, y que abraza á un mismo tiempo los hechos y las pruebas en que descansa nuestra fé. Feller publicó su *Catecismo filosófico* y refutó especialmente un folleto de Voltaire y las *Epocas* de Buffon. Pey dió á luz el *Filósofo catequista*. El abate Guénéé unió la gracia del estilo á la fuerza de los argumentos en sus *Cartas de varios juicios alemanes y portugueses á Mr. de Voltaire*, obra tan hermosa como justamente ponderada, que prueba que su autor tenia tan buen gusto como moderacion, y tanto discernimiento como solidez; pues obligó á sus

mismos contrarios á alabarla. El abate Gourcy hizo revivir los antiguos apologistas del cristianismo. El abate Gerard demostró, en una composicion bastante conocida, los desmanes de un jóven arrastrado por sus pasiones y compañías perniciosas, y las pruebas que tarde ó temprano vuelven á atraer al seno de la Religión á cualquiera espíritu recto y corazón naturalmente bondadoso. Regnier, en un estenso tratado, estableció la *Certeza de las pruebas de la Religión*. El abate Barruel se dedicó principalmente en sus *Cartas helvianas*, á reunir las contradicciones de los filósofos, describir sus continuas variaciones, demostrar lo absurdo de sus sistemas, y á escitar ya el desprecio hácia sus ridículas producciones, ya la indignacion por las exhortaciones sediciosas, principios corruptores y declamaciones anticristianas que ponian en juego.

A vista de estas gloriosas tentativas para confundir á los enemigos de la fé, los prelados se congratularon lo bastante para que su júbilo rebosase á lo exterior, y por consiguiente no pudieron menos de manifestar su aprobacion á los atletas religiosos, entre cuyos nombres citaremos principalmente los de Bergier, Pey, Gerard, Guénée, Duboisin, Martin y Floris.

Hacia algunos años que el espíritu de incredulidad se habia propagado tambien en Alemania, en cuyo pais, así como en Francia, habia algunos escritores que se atrevian á minar los cimientos de la Religión. Varios soberanos alemanes contribuian al escándalo dedicándose personalmente á tan funesta tarea. En Prusia, Federico II profesaba la irreligion, acogia en su corte á los incrédulos mas notables, protegía sus obras y favorecia la circulacion de sus principios. En Viena, José II no era tampoco inaccesible á las adulaciones y sofismas de los filósofos. *Dicenme*, escribia Voltaire, que el emperador es de los nuestros, y Federico en 1770 manifestó al mismo filósofo que al emperador le gustaban sus obras, que

las leia cuanto podia y que nada temia de sus persiguiendo. Otros príncipes menos poderosos seguian la misma senda y bien se deja conocer el mal efecto que tales ejemplos debian producir. Los súbditos propenden fácilmente á imitar á los príncipes que les trazan la senda del mal. Así es que Weishaupt no tuvo que hacer mas que presentarse para atraerse unos hombres que estaban ya seducidos.

Hay seres nacidos en tan mala hora, que casi está uno tentado á tomarlos por una emanacion de aquella inteligencia funesta á quien un Dios vengador no ha dejado recursos sino para el mal (1). Poseidos de una especie de imbecilidad en los consejos de la sabiduría, tienen por lo demás cuanto es menester para dañar, toda esa abundancia, toda esa plenitud de concepcion, de artificios, de tretas y de recursos necesarios para dominar en la escuela de la mentira, de la depravacion y de la maldad. Al lado de los sofistas, les aventajan en el arte de dar al error el lenguaje de la ilusion, á las pasiones y á los vicios la máscara de las virtudes, y á la impiedad el manto de la filosofía. En el negro recinto donde se fraguan las conspiraciones, sobresalen en meditar atentados, preparar revoluciones y combinar la ruina de los altares y de los imperios. Su nulidad no se conoce sino en donde comienza la ciencia de lo verdadero y de lo honesto. Cuando el cielo irritado por nuestras culpas permite que aparezca en el mundo alguno de estos seres, no hay mas que entregarle la tierra: este solo azote le vengará.

Con todos estos rasgos y bajo estos auspicios nació por el año de 1748 en Baviera un impio llamado Juan Weishaupt, mas conocido en los anales de su secta por el nombre de *Spartacus*. Primeramente fué profesor de derecho en la universidad de Ingolstadt; y despues, viéndose proscrito de su patria como traidor á su soberano y al universo, halló un

(1) Burriel, *Mem. para la Hist. del Jacobinismo*.

asilo, y fué colmado de pensiones sobre el tesoro público, y decorado con el título de consejero honorario en la corte de Ernesto Luis, duque de Sajonia-Gotha.

Fenómeno odioso en la naturaleza, ateo sin remordimientos, hipócrita consumado, no tuvo ninguno de los talentos superiores que proporcionan á la causa de la verdad defensores célebres, pero reunió todos los vicios y todo aquel ardor que dan á la impiedad y á la anarquía grandes conspiradores; enemigo de la luz, pero semejante al siniestro buho que revolotea en las tinieblas de la noche, este abominable sofista no figurará en la historia sino como el demonio, por el daño que hizo y por el que meditaba hacer. Su infancia es oscura, su juventud ignorada; un solo rasgo se escapa á las tinieblas que rodean su vida doméstica, y este rasgo es el de la depravacion y de la maldad mas refinada. Incestuoso sofista, sedujo á la viuda de su hermano; padre atroz, empleó el hierro y el veneno para un infanticidio. Hipócrita execrable, apremió, conjuró el arte y la amistad para inmolar la inocente víctima, el niño cuyo nacimiento podia revelar las depravadas costumbres del padre. El escándalo que le aterraba no era el del crimen; lo que, segun él mismo decia en sus escritos, temia mas, era, que publicándose su depravacion, le privaria de la autoridad que ejercia sobre unos discípulos, que bajo la apariencia de la virtud iba encaminando á toda clase de maldades.

Pero el punto de vista bajo que mas importa conocer á Weishaupt, es como conspirador. Para saber hasta qué punto figuró en la escuela de la rebelion, de la impiedad y de la anarquía, descenderemos al abismo de los conjurados. Aun allí parece que nunca conoció las graduaciones del crimen á la perversidad, y es difícil afirmar si Weishaupt tuvo algun maestro, ó si en realidad fué padre de los dogmas monstruosos en que fundó su escuela. Solo existe una tradicion que vamos á referir,

tomándola de sus mismos adeptos.

Segun ella, un comerciante de Jutlandia, llamado Kolmer, despues de haber permanecido algun tiempo en Egipto, vino por los años de 1771 á recorrer la Europa, haciendo prosélitos, á quienes pretendia comunicar los antiguos misterios de Menfis. Detúvose en Malta, donde lo que en lugar de misterios inculcó al populacho fueron los principios desorganizados de los antiguos *Illuminados*, del esclavo Cárstico. Íbanse ya propagando estos principios, y empezaba ya toda la isla á verse amenazada de un trastorno revolucionario, cuando la prudente discrecion de los caballeros que la gobernaban redujo al nuevo iluminado á encomendar su salvacion á la fuga. Dicese que el famoso conde ó charlatan Cagliostro fué discípulo suyo, así como tambien algunos otros de los adeptos distinguidos por su iluminismo en el condado de Aviñon y en Lyon. En una de sus vagabundas correrías se encontró Kolmer con Weishaupt, y le inició en sus misterios. Si bastase para esas confianzas el ser impio y reservado en el secreto, ningun hombre tuvo á ellas jamás títulos tan ventajosos. Mas diestro y profundamente malvado que Cagliostro, Weishaupt supo sacar de estas confianzas un partido del mayor interés para su escuela.

Mas sea lo que fuere de la certeza de esta fraccion, no parece que el sofista bávaro necesitase de semejante maestro. En el siglo de todos los errores hizo lo que naturalmente se debe esperar de esos hombres que se hallan siempre impelidos por un funesto instinto á elegir las opiniones políticas ó religiosas mas detestables. Sin embargo, no cabe duda alguna que tuvo noticias, por lo menos informes, de los antiguos *Illuminados*; pues trató de renovar la parte mas desorganizadora de su sistema. Estas noticias se fueron aumentando sin duda por un estudio de predileccion hácia los misterios desorganizadores del maniqueismo; pues se ve que recomendó este mismo estu-

dió á sus prosélitos, como para darles á saborear con anticipacion el plan que se preparaba á revelarles (1). Mas como era realmente ateo de corazón, y detestaba todo conocimiento de Dios, se burló tambien de la doble divinidad de este antiguo iluminismo; y de Manés, del esclavo conjurado contra todo poder, no tomó mas que la universalidad de la anarquía. No le fueron desconocidos los sofistas contemporáneos, y aquellos supuestos filósofos, á pesar de su democracia, le parecieron aun demasiado limitados en cuanto á las consecuencias de su igualdad y libertad. De consiguiente, no tomó de ellos mas que su ódio á Dios y el puro ateísmo. Los unos le conducian á la nulidad de toda ley política ó civil; los otros á la nulidad de toda ley religiosa. De estos dos sistemas formó un monstruoso conjunto, cuyo resultado fué el afán mas ardiente, mas absoluto y mas frenético de abolir completa é indistintamente toda religion, todo gobierno y toda propiedad. Creyó ver por lo menos en lontananza la posibilidad de inspirar á todo el género humano el mismo deseo, y se lisonjeó de que algun dia lo veria realizarse.

En un sofista vulgar esta esperanza podia no ser mas que la de un delirio; pero en una cabeza como la de Weishaupt, tan bien organizada para las grandes maldades, se vió que era la de un gran crimen. El sofista hávaro conocia su fuerza, y no vió crímenes imposibles, y solo pensó en combinarlos para hacer prevalecer sus sistemas. Las necesidades de la vida y la medianía de su fortuna le hicieron dedicar los últimos años de su educacion al estudio de las leyes; sea que en aquella época no hubiese él mismo llegado á darse razon de los proyectos que nutria en su corazón, sea que no hubiese aun desarrollado todos sus sistemas, lo cierto es que no tenia veinte y ocho

(1) Véase el grado intitulado: *Illuminatus dirigens, oder Scottischer Ritter*, p. 72.

años de edad cuando consiguió que le nombrasen profesor de derecho en la universidad de Ingolstadt. En sus cartas á Zwach, dice en 1778 (1) no tener aun mas que treinta años; y en estas mismas cartas le revela sus proyectos ulteriores sobre el iluminismo, que habia fundado ya dos años antes.

Preciso era sentirse capaz de una bien profunda disimulacion; preciso era contar con bien extraños recursos para fundar en las mismas funciones de intérprete de las leyes, el medio de aniquilarlas todas en todo el universo. Y sin embargo, en aquel colegio de Ingolstadt, y afectando cumplir con celo estas mismas funciones, fué en donde Weishaupt se creyó admirablemente situado para seguir urdiendo con mano invisible la revolucion que meditaba. Calculó la influencia que sobre sus discípulos le daba su condicion de maestro, y se sintió con fuerzas para suplir con lecciones secretas á las que tenia que dar públicamente. Poco era ganar para la impiedad y la anarquía á los discípulos que tenia bajo su férula. Weishaupt veia desde un polo al otro al género humano sometido á los dogmas religiosos y á la autoridad de las leyes. En su criminal emulacion pesó lo que la sabiduria de los Santos habia hecho para propagar ó sostener por todas partes el imperio de la fé. Existian aun restos de aquella Compañía, que la imprudente política de los reyes habia obligado al Soberano Pontífice á sacrificar á las maquinaciones de un filosofismo tan enemigo de los reyes como de los Pontífices. Weishaupt supo apreciar todo lo que las leyes debian á unos hombres que poco antes desempeñaban en toda la estension de las regiones católicas, en las ciudades y en las campiñas, las funciones de maestros de la juventud, de oradores, de directores cristianos, y muchos de ellos las de apóstoles de las naciones idólatras y entre los pueblos bárbaros. Conoció todo lo que los imperios debian á todas esas corporaciones religio-

(1) 10 de marzo.

sas, que inculcando á los pueblos sus deberes para con Dios, los ligan por esto mismo á sus obligaciones para con su príncipe y con la sociedad. Al paso que Weishaupt detestaba los servicios de los hijos de Benito, de Francisco y de Ignacio, admiraba las instituciones de estos Santos Fundadores, y particularmente las leyes y el régimen de los jesuitas, que bajo la direccion de un solo gefe hacen caminar á un mismo objeto á tantos hombres diseminados por todo el universo, y calculó que podrian imitarse sus medios, proponiéndose miras diametralmente opuestas (1). Dijo para sí: «Todo lo que estos hombres han hecho para los altares ó los tronos ¿por qué no lo he de hacer yo contra los tronos y los altares? Con el incentivo de los misterios y con legiones de adeptos á mis órdenes, ¿por qué no podré yo destruir en las tinieblas lo que ellos edifican á la luz del dia? Lo que el mismo Cristo hizo por Dios y por el César, ¿por qué no lo he de poder hacer yo contra Dios y contra el César, por medio de mis discípulos convertidos en apóstoles míos?»

Atribuyendo los historiadores esta funesta emulacion á Weishaupt, no se fundan en simples conjeturas. Semejantes deseos y lenguaje están consignados en todos sus actos secretos; en las leyes que formuló para sus discípulos y hasta en las reprensiones que les daba, porque en su sumision no imitaban la de los compañeros de todos los piadosos institutores (2). Sus mas famosos secuaces nos han dicho que así lo reconocen en toda la marcha de su código (3), segun el cual ellos podian y les estaba mandado imitar en la trama de sus maquinaciones la discrecion de los fundadores de órdenes religiosos, reservándose

(1) Mirabeau, *Monarq. prus.* t. 5, art. RELIGION, p. 97.

(2) Escritos originales, t. 1. Carta 27 á Caton.

(3) *Ibid.* t. 1. *Instructio pro recipientibus*, art. 13; Carta 2 á Ajax; Varias cartas á Caton; Últimas aclaraciones de Filon.

B. del G., tomo XXII.—IX.—HISTORIA ECLESIASTICA—Tomo VII.

Weishaupt añadir por su parte todos los artificios que una política infernal pudiese sugerirle. Al concebir este conspirador todos estos proyectos, no tenia aún noticia del objeto de la franc-masonería; sabia solamente que sus afiliados tenían reuniones secretas; los veia unidos por un lazo misterioso, reconociéndose por hermanos mediante ciertos signos ó ciertas palabras, por distintas que fuesen su patria y religion: hizo, pues, en sus combinaciones una nueva mezcla, cuyo resultado debia ser una sociedad que adoptase por medios, segun mejor conviniese á sus intereses, el régimen de los jesuitas, el silencio misterioso ó la existencia tenebrosa de los masones, y por objeto, la propagacion del sistema mas antisocial del antiguo iluminismo, del sistema mas anti-religioso del moderno filosofismo.

Ocupado enteramente en este desastroso proyecto, Weishaupt puso los ojos en los discípulos que el gobierno le confiaba para que de entre ellos saliesen magistrados para la patria y defensores de las leyes, y por ellos precisamente trató de comenzar su guerra á las leyes y á la patria. A estos primeros discípulos, demasiado fáciles de seducir, pensó dar otros que veia en lontananza, y siendo unos y otros educados por su propia mano, no tardarian en ser maestros y producir á su vez una nueva serie de prosélitos. Así se figuró que sus legiones se iban multiplicando en las ciudades y en las aldeas, y que llegaban hasta los gabinetes de los príncipes. Pensó que ya estaba oyendo los juramentos que en el secreto de las logias iban á someterle la opinion, el corazón y los brazos de aquellas nuevas legiones henchidas de su espíritu, y ocupadas por todas partes en minar sordamente bajo sus órdenes los altares y en abrir el abismo á los imperios. Calculó los tiempos, y se sonrió con la idea de la esplosion universal, para la que en su dia no tendria mas que dar la señal.

Apenas contaba 28 años el moderno Erostrato, cuando ya habia sentado la base de las